**Relatos invernales**

Cleto Thar

Introducción: Promesas de conejos y lobos

Cuando el viento enfriaba el bosque, anunciaba que el invierno era próximo, y de este modo, los animales más astutos se abastecían de comida por adelantado, para que no les falte el sustrato para su subsistencia. Durante la estación del frío, era difícil salir a buscar alguna presa para cazar o alguna hierba para masticar, puesto que, casi toda la vegetación se veía cubierta de nieve y los frutos ya no florecían. Vivir de recoger frutos, bayas, hongos y demás, del suelo, era un problema, cuando la nieve cubría todo, como un manto blanco, ya que las plantas morían y los árboles entraban en una fase de hibernación.

Los que se alimentan de hierbas, verduras, vegetales y frutas, tales y como, por ejemplo, los conejos, tenían un modo muy representativo de qué manera actuar en tales situaciones que ocurrían una vez cada año. La vida de estos roedores era muy compleja, y se mezclaban entre sus madrigueras diversas especies amigas. Conocían la agricultura, pero no habían inventado todavía el concepto de invernadero, de manera tal, que no era posible para ellos aún, el producir cosecha alguna, mientras la nieve callera delicadamente desde el cielo en sus sencillos campos de cultivo.

Las sociedades de conejas, conejos y roedores unidos de orejas alargadas hacían lo siguiente: cavaban profundas callejuelas extensas con bastante cuidado y se preocupaban por almacenar mucha comida para tales duros momentos, de suerte que pudieran pasar el invierno abrigados y bien alimentados. Este arte era uno muy delicado, ya que un mal túnel podría acarrear un derrumbe nefasto, de manera que protegían sus cuevas subterráneas con columnas, pilares y techos que ofrecieran la misma resistencia, o una mejor, de la que había tenido antes, cuando era un sedimento de tierra, rocas, arena, y muchas veces, cosas interesantes. Para esos objetos raros, los roedores de orejas altas tenían un museo.

De modo similar, aunque con mayor dificultad, los que acostumbraban alimentarse de carne se escondían en cuevas. Por ejemplo, los lobos, quienes eran muy feroces y, además, grandes cazadores organizados. Se cuenta que una patrulla de lobos bien liderados podía llegar a depredar animales tan grandes como los megaterios, chanchifantes, o incluso a los veloces caballoides salvajes, siempre y cuando los encontraran descansando, o bien, acorralados, ya que de otro modo no podían competir con su velocidad.

Había una especie de guerra implícita, por entonces, entre los dos bandos mencionados; por un lado, los animales carnívoros querían que se defienda su derecho a alimentarse tal y como la naturaleza les dictaminaba, mientras que, por el otro lado, los animales herbívoros defendían el ideal de vivir sin la amenaza de ser violentados, y parecían estar muy de acuerdo entre ellos, pero jamás lograban convencer al bando opuesto, debido a que cada vez que enviaban un emisario para conversar los términos de un acuerdo, luego el enviado diplomático no regresaba jamás, y se desconocía de su paradero.

Para los carnívoros, era cuestión de supervivencia, mientras que, para algunos herbívoros, era una amenaza natural de la que tenían que saber cuidarse, si querían seguir existiendo. Había otros seres distintos que no se hacían problemas, y se acostumbraron a alimentarse de insectos, pero luego, los diversos bichos de todo el gran bosque primordial se unieron al pliego de los herbívoros; Ellos también querían vivir sin amenazas latentes en cada esquina, camino o refugio.

En medio de este caos natural muy organizado de aquel bosque arquetípico, sucedió una vez algo que podría ser bueno poner en conocimiento general, para que otros mundos estén advertidos. Sépase que un día antes de un larguísimo invierno, se fueron a encontrar dos grandes enemigos naturales.

Un conejo muy flaco se escabullía entre cierto sendero del bosque. Este conejo era profesor de una escuela subterránea, y aunque hacía muy bien su trabajo, era poco el dinero que podía ganar con eso, y debido a esta situación, se veía forzado a recolectar sus propias frutas, en lugar de simplemente comprarlas en el mercado de los roedores unidos de orejas alargadas. Esto no molestaba al conejo, pues disfrutaba de una vida tranquila orientada al estoicismo, en donde pocas cosas podían perturbarle.

El conejo tenía por nombre Catapulta y debido a que era muy pobre, le hacía falta llenar una canasta grande para sobrellevar el invierno. Solamente una canasta era suficiente, ya que no tenía una familia, y es en esta situación, con la canasta a medio completar, que se vino a cruzar con un gran lobo feroz que le había olfateado de lejos. El sosiego del espíritu de Catapulta se desplomó al suelo y su sangre se heló del miedo.

De un salto agresivo, el enorme lobo cayó encima de su presa y lo aturdió con las patas y se perfiló para dar un mordisco final a su presa. El conejo Catapulta se encontraba aturdido en el piso, y para cuando logró levantarse, el gigante carnívoro se relamía y calculaba el momento exacto para dar rienda libre a sus poderosos dientes. Aunque la bestia estaba estática, era obvio lo inminente de su arremetida. La saliva del carnicero ya chorreaba de sus enormes fauces y su hocico lograba olfatear con exactitud la sensación más primigenia de todas: el horror a la muerte.

Pero antes que pudiera el lobo terminar con su vida de un bocado fulminante, el conejo recordó que hacía mucho tiempo había perdido tanto su miedo, como sus inseguridades, de modo que de un salto se puso en pie y le reclamó lo siguiente al lobo: - “Oh!, por el Thar, gran cazador de cazadores que me somete con su presencia, acaso pueda yo ofrecerte algo mejor que mi carne para que te alimentes con una comida distinta, ya que no sólo de cuerpo estamos hechos”. - Declamó Catapulta con solemnidad.

El lobo bufó y no sabía si reírse ahora o después, pero como era un animal sensato, prefirió echarse una carcajada en otra ocasión, de modo que extendió su gran hocico y de un solo mordisco, desarmó el cuerpo del pobre conejo. Con bastante desprecio, el gran cazador de dientes afilados tiró el cuerpo del conejo junto a otras presas, que se encontraban apiladas en una tela, y el lobo arrastró su botín hasta su cueva.

Pasaron dos horas para que el enorme carnívoro llegara a su cómoda morada, protegida por paredes cavernosas y oculta en un risco que solamente él y su familia conocían. Iba el feroz depredador arrastrando una gran tela que tenía cadáveres de roedores pequeños de toda clase. Cuando entró a su hogar, su familia le saludó con afecto y luego de muchas muestras de cariño, la mamá loba le preguntó qué debería cocinar, esta noche especial, el día antes del invierno. “Debes tener mucha hambre, mi adorado cazador. Veo que traes más carne de la que necesitamos para el invierno, y porque eres tan precavido, entiendo que te preocupas por nosotros, y por eso, te queremos, mucho”. – Le decía la mamá lobo al cazador, que ahora tenía el gesto noble de un niño, y su comportamiento era más próximo al de un perro, que al de un devastador.

El gran lobo tenía, además de una pareja amorosa, tres hijos, quienes eran muy inquietos, traviesos, pero, sobre todo, engreídos por sus afectuosos padres. – “¿Qué te parece si a este conejo lo aderezo y lo guiso para comer esta noche?” – preguntó la madre loba, pero justo cuando el padre lobo iba a demostrar su conformidad, los tres hijos saltaron al mismo tiempo en reclamos: - “¿Por qué conejo de nuevo?” – dijo el mayor. El segundo inmediatamente agregó: - “Hemos comido conejos desde el verano, ¿no hay otra cosa?”- para finalmente ser el turno del tercero y dijo, en el mismo sentido de protesta: - “¿Conejo de nuevo? ¡Si seguimos comiendo esto se nos van a alargar las orejas! – produciendo así, la sonrisa divertida de su madre.

Finalmente, decidieron el padre y la madre que era mejor guardar las otras presas para el futuro, y lo más racional para comer, a pesar de las protestas, tenía que ser el conejo, pero justo cuando lo iban a sazonar, la madre loba dio un salto y anunció con horror: - “¡A este conejo no le has mordido bien el cuello, todavía está vivo!”.

En efecto, Catapulta se ponía de pie y más resuelto que nunca, se disponía a dar sus mayores muestras de diplomacia y oratoria. Con una voz calmada y soberbia expresó lo siguiente a la familia de lobos: - “Oh, por el Thar, grandes animales con afilados dientes, seguramente ustedes piensen que se van a beneficiar en alimentarse de mí, y no los puedo culpar por tener esa creencia, pero les voy a explicar de qué modo se equivocan. Yo soy un conejo pobre y no me alimento del mejor modo, pueden comprobar que mi carne es escasa, mis huesos faltos de sabor y mis orejas, aunque fueran masticables, no son de propiedad nutritiva. Reconozco que mi colita puede servir bastante bien como llavero o para adornar cualquier gorro, pero definitivamente está mejor donde está: conmigo, ya que, yo me encuentro satisfecho, al igual que ustedes, con vivir en unidad.”-

Los hermanos lobos se miraron y quedaron fascinados. El mayor aulló muy fuerte, el segundo olfateó de cerca y el tercero volteó hacia sus padres y les repuso: - “Es verdad, lo que dice este conejo hablador, sus carnes son escasas y no huele a mucho sabor; quizás podamos sacar provecho de que se haya mantenido con vida, de un modo distinto” – y dicho esto, su padre no dijo una palabra y su madre se limitó a sonreír muy delicadamente con una mirada que expresaba contundentemente su desaprobación.

El conejo Catapulta, sin embargo, continuó: - “Saben bien ustedes, por el antiguo Thar, que sus cuerpos tienen sangre, al igual que el mío, y esto se debe a que ambos somos animales que poseemos corazones. Hay algunos sabios viejos que dicen que somos mitad cuerpo y mitad espíritu: yo les prometo, si me perdonan la vida, alimentarles el cuerpo con lo que sé cocinar, pero, sobre todo, darles comida para el pensamiento y el alma, con los cuentos que se conocen en las más profundas madrigueras de conejos, de las cuales, ningún otro animal sabe.”

El gran lobo cazador, aunque tenía hambre, pensó: - “Justo este conejo, y no otro, tuve que cazar, dentro de todos los posibles, y, además de todo, venir a morderle con poca fuerza, ¡Ah!, por el Thar, ¿mi descuido habrá sido inconsciente?”- pero no manifestó nada, ni siquiera un gesto a favor o en contra de la petición irrisoria de su presa. Mientras tanto, la madre loba no ocultó su sorpresa y le repuso lo siguiente al valiente conejo: - “Oh, elocuente roedor de orejas generosas, debes saber que ya hemos comido animales más flacos y pequeños que tú, sin embargo, hay algo que me sorprende de lo que dices. ¿Dices que se cuentan historias entre los conejos? Mi padre y mi madre siempre me contaron historias de lobos, pero nunca de conejos; Yo quiero saber qué tienes que decir esta noche, y si me encuentro satisfecha, te prometo, en nombre de mi familia, que te perdonaremos la vida un día invernal más, y así, hasta que ocurran dos cosas: o bien, se agoten tus cuentos, o bien, se termine la estación. Mientras tu relates tus historias de conejos, yo habré de tejer un gorro grande para mi querido cazador, y si no me satisfacen tus relatos, debes saber que no dudaré en adornar mi tejido con esa cola tan redonda y bien peinada que llevas ahí atrás”- Y dicho esto, el conejo sonrió aliviado, pero los tres hijos no habían terminado de plantear sus observaciones.

El mayor de los hijos lobos dijo: – “¿Es verdad, conejo, que sabes cocinar?” – preguntó con bastante admiración, para luego agregar: - “Por el Thar, ¡me gustaría probar el sabor de tus habilidades en la cocina”- Ante lo cual, estuvieron todos de acuerdo, puesto que representaba algo totalmente nuevo y desconocido para ellos. El segundo pequeño lobo repuso: - “Conejito, seguramente tú sabes cocinar para ti y tus familias, pero lo que necesitas para llenar el estómago de un lobo, es bastante más, y de naturaleza distinta; ¿cómo entonces, crees que podrás satisfacernos? – y al decir esto, el conejo Catapulta palideció, pero sus pesares fueron interrumpidos por una última intervención: - “Yo ni siquiera quería comer conejo hoy, veamos qué recetas e historias tiene para nosotros este pequeño animal, ya que quizás nos otorgue mayor satisfacción el atenderle, en lugar de devorarle de un bocado, ya que un placer será más perdurable que el otro.” –

El conejo Catapulta, supo entonces que su vida pendía de un hilo, y no tenía otra misión que la siguiente: contentar a la familia de lobos durante el invierno, para que le perdonaran la existencia. Salió apresurado, el último día de otoño, y con la ayuda del gran cazador carnívoro, recolectaron tantos materiales para cocinar como les fue posible. Al regresar, el conejo tiró verduras en una olla con agua, le agregó condimentos y nueces, para finalmente (en contra de su costumbre) agregar un pequeño pedazo de carne a la mezcla, de modo que ofreció un poco de su preparado a toda la familia de lobos y les dijo lo siguiente, mientras ellos probaban ese alimento tan novedoso. Catapulta expresó: - “Les relataré, entonces, amigos lobos, algo que sucedió mucho tiempo atrás. – Y dicho esto, el invierno comenzó, a la vez que la última noche del otoño llegaba a sus horas oscuras y finales.

**Noche 1: Un artefacto misterioso en un lugar inesperado**

La madre loba, de un solo trago, terminó el plato de comida que Catapulta había preparado para ellos y se sentó a tejer un gorro, con un gesto tranquilo, ya que, para ser sinceros, no podía ocultar que le había gustado, y a medida que sus hijos se alimentaban, ella empezó a escuchar lo que el conejo les refería.

Catapulta entonces dijo: - “Tengo entendido que sus estómagos son más grandes que los nuestros, pero deben saber que yo soy profesor de una escuela de conejos, y ahí cocino todos los días para una gran cantidad de alumnos. Quizás ustedes se pregunten: ¿qué aprende uno, en una escuela para conejos? Bueno, es ahí donde uno aprende a ser conejo, y muchas veces van criaturas de otras clases, tales como liebres, castores, ardillas, mapaches, cuyes, y así, por el estilo, son muchos los interesados en aprender del modo de vida de los conejos, ya que, del otro lado del bosque, nuestra cultura y civilización es una muy respetada, con la excepción de los distinguidos carnívoros.”- Dicho esto, Catapulta dio un largo suspiro y continuó.

De un salto, se aproximó a la chimenea, y desde el calor de su posición, les dijo a los lobos: - “Las historias que mis alumnos han compartido con toda la clase, sería suficiente para que uno admirara la variedad de creencias, valores y enseñanzas que se conocen en las ciudades subterráneas de la comunidad de roedores unificados. Y desde que yo he sentido miedo el día de hoy, habré de contarles lo que me refirió un conejo tuerto, cuyo nombre era Monolito.”-

El conejo entonces les refirió un relato que intentaba ser de terror, pero que no asustaba a muchos. Decía Monolito, el conejo tuerto, que su abuelo le había contado esta historia, que aprendió de unos mineros. Ellos les habían explicado, (al abuelo de Monolito), que rara vez encontraban plata, ese metal del color de la luna, y que es tan apreciado por los sacerdotes y líderes religiosos, pero cuando podían toparse con ella, no dudaban de extraerla por todos los medios que les fuera posibles, ya que su valor podía llegar a ser bastante elevado.

Los mineros, en una ocasión hubieron de toparse con rocas grandes de plata que estaban incrustadas entre una pared de roca sólida, y a pesar de usar el pico para quebrarla, esta era tan dura, que no cedía nada y agotados, los mineros se decían: - “Por el Thar, cómo puede ser tan dura esta roca”- y desde que perdieron la paciencia, acudieron a su método más peligroso y destructivo: la dinamita.

Catapulta se quería asegurar de que los lobos le comprendían, por lo que, les preguntó si sabían de qué se trataba este asunto raro de “la dinamita”, pero el menor de los lobos le dijo inquieto: - “Claro que sabemos lo que es ese explosivo, ni que viviéramos en una cueva” – pero dicho esto, la familia se rio bastante, ya que, en realidad, la expresión era inexacta, desde que ellos efectivamente vivían en una cueva, sin embargo, no desconocían de los inventos grandiosos del mundo.

El conejo prosiguió: - “Me dijo entonces Monolito, que su abuelo había escuchado por parte de los mineros que cuando hubieron dinamitado la caverna, ahí estaban sus piedras plateadas, listas para ser recogidas, pero algo más había develado la detonación. Una pared entera se había venido abajo, revelando así, una cámara o estancia oculta.” En este punto, Catapulta se detuvo e intentó organizar todos los datos que recordaba, para que pueda dejarse entender mejor.

Los mineros se asombraron muchísimo, tal y como el conejo relató que había dicho el abuelo de Monolito. Había un aire extraño en esa parte de la cueva que había estado escondida, y el ambiente se percibía, según contaron los mineros, como una atmósfera seca y separada del resto de la cueva; como si nunca hubiera entrado antes el oxígeno de modo tan abrumadora a este recinto olvidado.

Las preguntas no dejaron de surgir. El conejo narrador cambió la voz e intentó emular a los mineros hablando, para que los lobos imaginaran lo que había pasado ahí. Con voz muy aguda dijo Catapulta imitando al minero: - “¿Pero, quién ha puesto esta madriguera en este lugar? Parece que alguien se la ha dejado olvidada, porque huele ha guardado y uno diría hasta que es otro mundo separado.”- E inmediatamente después, el conejo hizo una voz más grave que le respondía: - “Esto ya no es labor de mineros, sino de otra cosa, mira, tú mismo trae esa linterna e ilumina el rincón aquel. Esto es lo que no me explico: si hemos encontrado un lugar que antes nadie había descubierto ¿por qué en esa roca hay una estatuilla, que parece un ídolo?”.

Efectivamente, y para traer más preguntas al asunto, los mineros se apropiaron de la estatuilla y salieron de la cueva porque el miedo les empezó a invadir. Había muchos asuntos que no lograban explicarse, y conocían poco de las historias locales, pero había alguien quien las había oído mucho: el viejo Tetralito, abuelito de Monolito, y fue de él que escucharon algunas leyendas que parecían dar pistas de tan misterioso ídolo, encontrado en circunstancias tan bizarras.

En este momento de la noche, se empezó a intensificar el frío, y los lobos se apechugaron entre sí, cerca del fuego, y con el estómago satisfecho, y una historia en la cabeza, no tardaron en quedarse dormidos. Catapulta sacó un papel e hizo los cálculos. Si corría toda la noche, llegaría a su casa, pero al amanecer, el olfato del lobo le guiaría hasta su propio hogar, de modo que condenaría a muchos.

Con un poco de resignación, Catapulta se planteó que las cosas podrían estar peor, y al menos había logrado entretenerlos una noche; a penas la primera del inclemente invierno. Fue así, con esta aceptación a sus circunstancias, que Catapulta se propuso ser paciente y cumplir con su palabra, y entre una familia de lobos, no tardó en quedarse dormido profundamente.

**Noche 2: Las leyendas de la estatuilla**

El día pasó tranquilo y cada cual se ocupó de cosas distintas, mientras, por afuera, un viento frío empezaba ya a amenazar con una tempestad. El conejo se admiraba de la extraña forma en que los lobos vivían, ya que eran muy dormilones, y apenas se levantaban para darse la vuelta, acomodándose del otro lado para seguir durmiendo.

Sin embargo, lo que más sorprendió a Catapulta, era lo cariñosos y mansos que eran las bestias entre sí, no pareciéndose a la imagen que los demás tenían de ellos, cuando se encontraban con alguno en los caminos. En la mayoría de los casos, los animales huían o eran emboscados, pero difícilmente era un encuentro amigable para alguien.

No obstante, los lobos tenían amigos, y muchos, no sólo de los de su especie, sino que además de un mono y dos tortugas, que solían visitar en otras estaciones. Catapulta exploró su guarida y reconoció que se parecía a su madriguera, excepto que era más grande, un poco más rústica y la apertura de las grietas en la caverna no le ofrecían la misma seguridad que su propio hogar la inspiraba. - “Debe ser la costumbre”-, se dijo, mientras se disponía a volver a dormir, pero notó entonces que los pequeños lobos ya estaban despiertos y devoraban lo que había quedado de la comida de ayer.

Luego de que todos se vieran satisfechos, había caído la noche, y los lobos más pequeños empezaron a preguntar: - “¿Cómo era la estatuilla que encontraron los mineros?” – planteó el mayor de ellos. – “¿De qué modo llegó a una cueva, si no tenían acceso, antes de la detonación? – Intrigó el otro lobo, mientras que el último sacudía con su pata las orejas de su madre, y le interrogaba en voz muy baja – “¿Qué cosa es una estatuilla?”.

Catapulta, entonces, disipó las inquietudes, y luego procedió a continuar con el relato, mientras todos se abrigaban al calor de una fogata con troncos recientemente renovados, sin embargo, antes de poder enunciar una continuación, el conejo se quedó pensando, mirando la oscuridad de la fría noche, lo frágil de la existencia de cualquiera, y lo insignificantes que eran su vida, su obra y sus esfuerzos.

Con una sonrisa estoica, Catapulta señaló: - “Ah… por el Thar, Ábnir de los Ábnires, con todas esas preguntas me quedé yo, cuando escuché por vez primera esta historia, y del mismo el alumno que me la contó, y asimismo, su abuelo, Tetralito, y como es natural, son los mineros los que hubieron de sentir la mayor incertidumbre ya que tenían ante ellos, una estatuilla encontrada en circunstancias muy misteriosas”- y dicho esto, sus orejas empezaron a chorrearse por los costados.

Catapulta explicó al menor de los lobos que una estatuilla es como una figura, un muñeco, o una representación pequeña de algo, a veces de animales, a veces de ideas abstractas, pero en este caso, era una especie de imitación de una personita, como si fuera uno de esos niños de la gente que camina en dos piernas y son primos lejanos de los monos, sólo que muy nefastos de costumbres y con actitudes siempre gobernadas por el instinto de la violencia.

Sobre esos seres, se cuenta mucho, cosas buenas, cosas malas, y ciertamente han dejado buenas enseñanzas, pero el conejo no quiso detenerse en esos aspectos, ya que había otras cosas de por medio que hacían falta aclarar. Continuó: - “Monolito entonces puso sus manos pegadas y en paralelas, para señalar el tamaño que el ídolo tendría, y para que ustedes, amigos lobos, se den una idea, pueden calcular que era aproximadamente de mi propio tamaño, es decir, se trataba, relativamente, de una figura muy pequeña.” – Y al hacer estos gestos, Catapulta erguía las orejas, para hacerse menos bajo, pero con el tiempo se iban doblando hacia abajo.

Luego, el conejo retomó la historia desde donde había sido interrumpida; - “Fue así, que los mineros fueron a dar con el abuelo de Monolito, quien conocía muchas leyendas, y nos enteramos que se contaban leyendas de pequeños hombrecitos, saltarines y silenciosos, que habitan en lo profundo de las sombras y aparecen muy rara vez. El viejo Tetralito había dicho: - “Parecen divertidos, pero son muy peligrosos, pues se alimentan de cualquier ser vivo, especialmente si es débil e indefenso. Le devora de un bocado y le chupa toda la sangre lentamente, hipnotizando a su víctima, que, paralizada, no puede reaccionar y se limita a sudar frío.” Y cuando todos le habían hecho preguntas para aclarar el asunto, el anciano abuelo de Monolito se limitó a repetir que era una simple leyenda y que no había nada que temer.” – y al terminar de decir esto, Catapulta se bebió de un trago el té con hierbas que le habían ofrecido los lobos.

Viendo que era temprano y la noche se acercaba a su punto más oscuro, el conejo orador siguió relatando lo siguiente: - “Era muy extraño todo, y lo que me llamó más la atención de todo, era la interpretación de los hechos que tenía el pequeño Monolito, nieto de Tetralito. Les voy a explicar, queridos lobos, por el Thar, la serie de ideas que había planteado una vez, el pequeño alumno que me refirió todo este embrollo. Lo que pensaba el joven Monolito suponía que tenía que existir una cultura muy antigua, que hubiera conocido de estas leyendas, y que, además, tenía que haber perfeccionado el arte de la escultura, para poder hacer una estatuilla tan bien representada, cubriendo cada detalle en la facción de ese rostro de demonio pequeño, con dientes afilados y garras largas, todavía afiladas. No sabía de otro vestigio de tal hipotética civilización, puesto que no había huella alguna, de vida inteligente, que hubiera hecho, jamás, nada parecido que se hubiera encontrado antes. Pero la teoría de Monolito tenía algunas fallas.”- pero antes de poder continuar, el conejo fue interrumpido por las preguntas de los lobos.

El mayor de los hermanitos lobos se levantó y vociferó para que Catapulta se detenga y exclamó: - “Pero si no había rastros de algo parecido, ¿qué podía ser? -, pero luego el segundo le interrumpió a su vez más fuerte aún: - “Pero ¿cómo iba a llegar ahí la estatuilla?, si estaba en una cueva sepultada, y para que las capas geológicas hayan ocultado ese recinto al resto de la cueva, podrían haber pasado millones de años, ¡No tiene sentido! – y finalmente el menor de todos concluyó: - “¿Es hora ya de comer?”.

El conejo se apresuró a darle la razón al pequeño lobo, y le explicó que él mismo tenía reservado el comentarles aquello, debido a que la cueva en que fue encontrada la estatuilla, fue expuesta luego de la detonación de los mineros. Si hubiera habido una civilización, como Monolito creía, hubiera tenido que ser tan, pero tan antigua, que la leyenda sobre los pequeños demonios chupa sangre, se hubieran perdido muchísimo antes, de lo que podría haber llegado a oídos del anciano Tetralito.

Noche 3:

Noche 4:

Noche 5:

Noche 6:

Noche 7:

Noche 8:

Noche 9:

Noche 10:

Noche 11:

Noche 12:

Noche 13:

Noche 14:

Noche 15:

Noche 16:

Noche 17:

Noche 18:

Noche 19:

Noche 20:

Noche 21:

Noche 22:

Noche 23:

Noche 24:

Noche 25:

Noche 26:

Noche 27:

Noche 28:

Noche 29:

Noche 30:

Noche 31: